

Aurora Venturini

CUENTOS SECRETOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

AURORA VENTURINI
CUENTOS SECRETOS

TUSQUETS
EDITORES

ESPÉCIMEN

Vestía con elegancia forzada prendas exhumadas de roídos baúles, botines con alta capellada acordonada, hartos del lustre desesperado para mejorar desgastes, todo ello en vano intento de actualizarlos.

Con tal atuendo me detuvo a las puertas de la Iglesia, en Florencia, aquella dama pobre mas noblemente distinguida. La voz transida de la preciosa difunta dijo: «Atiéndala, es una tía».

La Iglesia era y sigue siéndolo ante el mundo Santa Margherita dei Cerchi, vecina a la residencia de los Alighieri, hoy museo. Adentro de Santa Margherita, en su tumba, duerme Beatrice, bajo una losa en la que se lee:

«Sotto questo altare
Folco Portinari
construi la tomba
di familia
L'8 giugno 1291
Vi fu sepolta
Beatrice Portinari».

Junto a la tía anduvimos hasta el Puente de la Trinidad; ella creyó anoticiarme, pero yo lo había leído en la *Divina Comedia* que ahí mismo aconteció el flechazo del querubín travieso que uniría para toda la eternidad a la pareja dolorosa, imposible en esta tierra; por *secula seculorum* en el Paraíso.

La señora narró situaciones desconocidas de familia; se apellidaba Portinari y tenía un guardapelo de Beatrice en su casita de las afueras adonde me invitó. Yo acepté.

Margherita Portinari une a la Santa con la niña difunta. Acaso la bautizaron a propósito. Causalidad o casualidad. No importa. La apodan Rita. Ella es devota de Santa Rita; visitó el relicario de Casia. Recuerdo el cuerpo intacto de Santa Rita, su gesto de aspirar el último aliento del aire antes de fluir su ánima.

Cada vez que estuve en la ciudad toscana vi todo de color amarillo pálido de limón, próximo al Arno, azul pálido como el color de los ojos de muchos de los habitantes. Así es la mirada de esta señora que trataba de ocultar su pobreza.

No obstante ello, creía vivir una época del siglo XIII en la mansión de los antepasados. Un atardecer de junio, decidí visitarla en la campiña dorada de amarillo sol que se ocultaba. La pequeña casa de doña Margherita significaba una más en un barrio de cam-

pesinos laboriosos. Margherita no se sentía labradora ni verdulera y tenía empleada de servicio.

La casa sobresalía de las otras del villorrio porque su dueña la había disfrazado de mínimo palacete pretencioso clavándole las columnas que sostenían la marquesina frontal, con el agregado de dos capiteles estilo corintio recargado que simulaban columna florentina; obreros no muy capacitados hicieron cuanto pudieron y doña Margherita Portinari estaba orgullosa.

Tenía dos habitaciones, baño bien instalado, cocina y patio luciente de macetas y bancos de cerámica esmaltada, y en el centro, el grupo escultórico que lucía alrededor de una joven difusamente parecida a Beatrice.

Hice gesto admirativo ante el rústico esperpento, logo y sello familiar con ilustre parentela.

Cenamos en el comedorcito canelones, postre *schacciata* que festeja las carnestolendas, pero comen siempre, con vino de sabor amarillo, pues los sabores tienen color.

En la sobremesa hablamos de Beatrice y de la tumba en la Iglesia de Santa Margherita dei Cerchi.

Ella trajo la antigüedad prometida. Dentro de una cajita de nácar venía el tesoro del siglo XIII. La trajo desde su dormitorio que yo atisbaba de muebles de madera blanca, acaso fueran de parra, pues despedían aroma de pradera, de sumo que arrebatava

el ánima, despertándose el observador en una campiña redorada de las que van en los cuadros de pintores de muro en épocas heroicas. La mano oferente temblaba; la mía, también. Abierto el guardapelo mostró una rara y tibia joya: un anillo de cabello rubio pálido tal como el ambiente del lugar ofrecía. Temí que se evaporara...

La dueña cerró el tesoro y anduvo con pasitos lerdos a su dormitorio y en un cajón de cómoda lo guardó.

No me animé al íntimo goce de tocar la prenda.

Llevaré más allá de mis ruinas terrenales su visión delicada; denunciada inocencia contenida en la cajuela de nácar que soportó siglos.

Madame Portinari era viuda de Petrelli; hacía veinte años fallecido, empleado de escribanía, escribano él mismo, le dejó pensión y un auto. Comodidad, nada de lujo. Ella mantenía una cuestión de familia con los Portinari.

Dijo: «Pensé someterme a prueba de ADN».

Tercié: «¿Cómo? No puede ser, ¿con quién?».

Ella: «Con los restos de Beatrice».

«Imposible».

«Ahí están... los vi...».

Los vio y tocó; en un descuido de los circundantes se apoderó del relicario del anillo de rubia crencha. Ahora sentía haberlo hecho.

«Robar a una difunta...» (lloriqueó).

Consolé su desolación: «No fue robo, fue devoción», comenté.

Yo tenía para mí, basándome en palabras del cura, que después de la inundación levantaron la lápida y comprobaron que el desborde había llevado cuanto pudiera contener, después colocaron la lápida de la inscripción.

Insistí preguntando a la afligida señora sobre el contenido tumbal.

Ella narró que el ataúd de madera dura resistió el atropello de todos los elementos sin perturbar sus molduras y todo apareció intacto, aunque tuvieron que cavar tierra colorada y arenosa. Extrajeron el cajón muy despacio, con dos sogas. Lo llevaron al baptisterio, ahí lo abrieron. El cura de la parroquia, el sacristán, el podestá de la ciudad, la parentela copetuda y ella, la *poverella*.

Cuando todos se fueron a encargar Misa de Ánima, ella tocó a la difunta que pareció ofrecerle el bello objeto que resbaló desde una prenda roída; lo agarró rápidamente, lo guardó en su corpiño.

Descansa en su dormitorio de madera blanca un sueño que variará cuando vencida por los años la dueña devuelva el tesoro a la Iglesia de Santa Margherita dei Cerchi.

Los parientes ignoran sobre el posible robo o hurto. Suponen que la prima pobre lo heredó de los antiguos Portinari en el correr de las generaciones.

Salí al callejón dorado. Dejé a esa dama rubia, leve cual recuerdo para mí.

Iba por la vereda de la casa de Dante Alighieri el güelfo blanco, las campanas de la Cappella dei Cerchi cantaban «Beatrice, Beatrice, Beatrice».

Antes de partir a Roma, volví a la Iglesia para hablar con el párroco. Era joven el cura y de reciente permanencia, pero sabía sobre el tema por oír a las viejas, a las comadres y el rum rum de boca a boca. Carecíase de noticia seria o columna en diarios. Nada de nada al fin. *Parolas* de solteronas para vestir santos. Para vestir santos llamó mi atención y me contó este curita, lindo cual querubín en coro, que las inundaciones fluviales han arrasado lo que hallaron arriba y abajo. La última limpió los muros de Santa Margherita dei Cerchi de esmalte gastado, dejando a la vista los cuadros que luce ahora el templo. «El Lagrimario» es pintura anticipada a los renacentistas. Muestra a Dante recogiendo sus propias lágrimas en un pequeño recipiente de vidrio. No fue necesario retocar esos llamativos cuadros cuyos colores funden, de pronto, en amarillo pálido. El sacerdote me mostró ese objeto que la devoción al güelfo blanco de los tercetos ha conservado.

«Tóquelo, profesora».

Así me llamó, porque él informó ser profesor de Filosofía.

Le dije que yo también; el curita conocía al Doctor Coriolano Alberini. Insiste en que toque ese

vaso, porque las antigüedades traen suerte (los italianos son supersticiosos).

Dentro de mi pecho pesan lágrimas, usaría «El Lagrimario». Dejo pasar la invitación. Esa cosa macilenta no querrá ser manipulada por extraños extranjeros. A Duino, nombre del oferente, por florentino le corresponde. Tan encantador es Duino que imagino los suspiros de las niñas rubias de las misas.

«Gracias», replico.

Este joven ensotinado desea mostrarme otro tesoro de Santa Margherita dei Cerchi; no me equivoco porque me invita a ver el baúl de una santa y su contenido.

(En una Iglesia española de Ávila, me animé a tocar el antebrazo de un Cristo yacente semejante a cualquier difunto en la primera hora de su descanso final. Carne fresca palpé). «No cuente esto a nadie, no hay que divulgarlo, vendrían a registrarlo con curiosidad periodística», ordenó el *frate*.

Frente al altarcito interior, Duino presenta la imagen de una santa a cuyo pie él mismo ha escrito «Lamentación».

Cuenta que la encontró tirada en un granero en Praga, donde viven sus padres, y la bautizó «Lamentación», «por haberse hundido en la maraña le inventé el nombre no incluido en el santoral. Atrevido, ¿no?».

Contesto que los ángeles habrán asistido a ese bello festival de dos: «Lamentación y Duino».

Había en el pajar un pequeño baúl que abrió descubriendo antiguas ropas monacales que fue mostrándome: camisa y un calzón que usan las monjas hasta cuando se bañan para no mirarse el cuerpo; enagua entera y otra de cintura de las que hay siete; un cinturón de alambre empuado que es el suplicio que usan cuando los pensamientos pecaminosos los atosigan. Entregó a su mamá la imagen y el baúl para que las lavara. La piadosa doña cumplió. Santa Lamentación viajó a Florencia junto a Duino. Llegué a otra conclusión. Siempre lo hago, luego de dos premisas que me planteo de mayor a menor: «Duino leyó a Rilke», y se lo dije. Nos abrazamos elegíacamente (ella sobre el hombro de él, él sobre el de ella; no pudieron sofrenar una lamentación única que habrá sobresaltado a los ángeles del baptisterio y del púlpito de Santa Margherita dei Cerchi).

Rainer Maria era nuestra idolatría... Duino sabía que la belleza es insoportable y que llegar aunque fuera a su orilla significaría principio de lo terrible. Aplauden los ángeles. Los ángeles son terribles, son machos barbados y viriles. Son insoportables. Hay que soportar la vida, flecha que resiste al arco para ir más lejos. Vemos caer a los alrededores trozos de cuanto hemos vivido, hasta vemos desintegrado nuestro propio nombre, juguete roto...

Le digo: «Duino, ¿acaso ese sería *El castillo* de Kafka?».

Hace años que llego a tal conclusión, después de analizar y ordenar premisas. He conocido un ángel de Reni, imberbe con música y costurero.

Me fui de Florencia. Supe que no volvería a Florencia.

Pero valió la pena.